

La Crueledad

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio, 53

COLABORADORES:
TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM. 597.

MURCIA 6 DE OCTUBRE DE 1901

LA CRUELDAD

Desgraciadamente, la inmensa mayoría de los seres que habitamos en este planeta, tenemos algo de crueles en nuestros actos.

Este defecto que muchas veces nos pasa desapercibido, es uno de los muchos que debemos corregir si queremos alcanzar la dicha de la humanidad.

Afortunadamente, son pocos los que realizan actos crueles de estos que estremecen de horror y conmueven al mundo entero, y sabido es que á los tales se les castiga y desprecia, considerando'os como monstruos y causando la natural indignación á todos los que tenemos una fibra sensible.

Verdaderamente sería espantoso, si la crueldad de unos pocos se albergara en el corazón de muchos, pero debemos considerar que para nuestra completa regeneración, precisa que desaparezca todo vestigio de crueldad, por insignificante que sea,

Si odiamos la tiranía, debemos empezar por no ser tiranos; si deseamos libertad, es preciso no ser opresores; si queremos ser tratados con benevolencia, es necesario ser benévolo

Nosotros que acostumbramos á estudiar los defectos de la humanidad, nos hemos persuadido que son contados los seres que dejan de ser crueles.

¡Cuántos hay que se tienen por sensibles y están convencidos que en su corazón no existe la crueldad poco ni mucho, y sin embargo se complacen cegando á los indefensos pajarillos para solazarse con sus trinos harmo-

nioses! Decidles que este acto es cruel, y se reirán diciendo que los animalitos se acostumbran á su ceguera y hasta sienten más alegría, demostrándolo ellos mismos con sus cantos más continuos y hasta más filarmónicos que antes de cegarlos.

¡Infelices pajaritos! No es bastante que os roben la libertad para recreo del hombre; no es suficiente que os separen muchas veces de vuestro delicioso nido para divertir á los muchachos, que os toman como un juguete martirizándoos sin compasión y haciéndoos morir de hambre, que aún se os priva del don más bello, más preciado que Dios concede á los seres, y con toda la sangre fría y la más completa indiferencia os sumergen en una noche eterna. Que vuestro canto es alegre, dicen, no; esto no es cierto.

Vuestro canto es más sentido, es el canto del cautivo que ansía romper sus cadenas, es un gemido doloroso, un lamento continuo, un suspiro melancólico, una protesta dulce y armoniosa, un amargo repochie para los crueles que no han vacilado en sacrificarnos, sólo por el egoísmo de recrear uno de sus sentidos. ¡Y queremos ser tratados con amor! ¡Y nos tenemos por buenos!

¡Cuánto nos falta serlo!
¡Qué labor más inmensa para llegar al grado de perfección que tanto deseamos!

UNA SINSITIVA.

Lo que te digo

Una cosa es el amor,
otra casa es el dinero,
yo, como sé tu cariño,
te digo que no te quiero.

MANUEL FEITOMAYO.

LA TESTIGO

Carlos Casafe estaba enamorado como un loco de Luisa, criatura de belleza encantadora, pero frívola y con visos de coqueta. Las familias tenían concertado el matrimonio, pero ella sólo consentía en casarse obligada por sus padres; su corazón pertenecía por entero á su primo Fernando.

Carlos lo sabía y rabiaba de celos; ya tuvo por esta causa disputas violentas, y pocos días antes había jurado en público matar á su rival si éste volvía á insistir con la que iba á ser su mujer. Ciego de amor y torturado por los celos, sólo pensaba en realizar cuanto antes su matrimonio.

Carlos tenía también otra novia, que se encontraba en idéntico caso que él, respecto á Luisa. Era una pobre modista á la que en un tiempo se figuró querer. La muchacha, seducida por sus palabras, le entregó su corazón, queriéndole con toda su alma. Era una pobre huérfana sin más recursos que su trabajo, ni más patrimonio que su honradez; sabía que Carlos iba á casarse y la infeliz se resignaba al sacrificio; comprendía que ella no podía nunca aspirar á la mano del vizconde, y queriendo despedirse de él para siempre, le citaba aquella noche en su misma casa. Carlos asistió á la cita; la pobre niña lloró mucho, su alma se destrozaba al ver perdido para siempre su cariño; aquel hombre, á quien tanto amaba, despreciando su amor, corría á casarse con otra que amenazaba labrar su desgracia.

El vizconde salió de casa de la enamorada modista á una hora ya muy avanzada.

Iba conmovido por la escena dolorosísima que había presenciado, mas en seguida se ahogaba en su pecho todo sentimiento de compasión y la

imagen de la que adoraba se sobrepone.

Más celoso que nunca, quiere pasar por la casa de Luisa antes de ir á la suya; llega y distingue un hombre hablando con su novia, que está en el balcón. Pronto le reconoce: es Fernando, el odiado primo. Se oculta en la sombra temblando de rabia, y desde allí espía á su rival. Cuando termina la plática, él le sigue, siempre ocultándose, hasta que llegando á un sitio solitario se acesca á él.

Disputan, se insultan y Carlos, ciego, mata á su contendiente.

Después, aterrorizado por su crimen, huye; corre como un loco pensando en su desgracia, horrorizado de su delito, y temiendo perder para siempre su felicidad. Por una ingrata se ven sus manos enrojecidas y su noble honor empañado. Al amanecer se dirige á su casa y allí es detenido.

Se está celebrando el juicio que va á condenar á Carlos; no hay esperanza de salvarle; su familia hizo inauditos esfuerzos inútilmente; todas las pruebas están en contra suya; él se encierra en un mutismo que no produce resultado alguno. Desfilan testigos que no hacen más que agravar su situación. Al fin toca el turno á María. La infeliz modista, roja, balbuciente, se acerca al tribunal y declara que Carlos la noche del crimen la pasó en su casa; todos los vecinos le vieron subir, y en su cuarto quedó la corbata del procesado, prenda que tanto se buscó. El vizconde escucha pálido de emoción; está salvado á costa de la honra de aquella pobre niña.

La madre de Carlos estrecha entre sus brazos á María.

—¡Gracias, amiga mía! ¡Bien sabía yo que mi hijo era inocente! ¡Qué conducta más noble! ¡Prefería

